

EL MAYOR PREMIO

Era poco más de mediodía de un miércoles de noviembre del año 2020. La premiación del concurso de cuentos escritos por adultos mayores, recién había terminado. Se trató de un sencillo acto al que habían sido invitados los diez autores de cada género literario que, en la última evaluación del jurado, lograron los máximos puntajes, entre los cuales estaban los seis premiados. Aquella medida restrictiva se adoptó como precaución debido a la pandemia del covid 19. Por la misma razón, a diferencia de años anteriores, tampoco se realizó el tradicional cóctel al finalizar la ceremonia.

Al salir del recinto con el diploma recibido como premio en el grado de mención honrosa en las manos, Juan Barros fue abordado por una mujer de mediana edad.

—Señor Barros, lo veo contento. He leído varios de sus cuentos y son de mi gusto. Su premio es muy merecido. Lo felicito.

—Muchas gracias, señora. Es usted muy amable. Si, es cierto, estoy contento. Llevo más de diez años concursando y esta es la primera vez que soy premiado.

—Este momento de alegría le debe venir muy bien, después del accidente que sufrió su esposa, justo cuando se aprestaban a celebrar las bodas de oro. Debe haber sido terrible, al menos, así se comentó en el taller de narrativa.

—Mi esposa ya está fuera de peligro, se está recuperando muy bien. Disculpe... me doy cuenta que usted sabe mucho de mí, pero no la recuerdo. ¿Conoce a mi esposa? Es cierto que soy muy distraído y frecuentemente, olvido caras y nombres. ¿Cuál es el suyo?

—No se trata de un olvido de su parte, señor Barros. Nunca antes hemos hablado. Me llamo Paula Godoy, soy periodista y aunque la literatura no es mi especialidad, es algo que me fascina. Me gustaría poder conversar con usted para explicarle por qué es que conozco algo de su vida. ¿Me acompañaría a tomar un café?

—Pero, ¿dónde se ha visto que una dama invite a un varón? De acuerdo. Supongo que se trata de una entrevista, pero yo seré quien invite. Mire, allí al frente está el salón del cual soy cliente frecuente. ¡Vamos!

A esa hora el local estaba casi vacío. Ocuparon una mesa cercana a un ventanal y el garzón tomó su pedido.

—Don Juan, para comenzar le diré que tengo claro que su verdadero nombre es Ernesto Cisternas y que adoptó un seudónimo para escribir sus historias. También que durante cuarenta años trabajó en actividades que no tienen nada que ver con las letras, que es casado, tiene dos hijos y es abuelo de siete nietos. Que, al jubilarse luego de cumplir la edad requerida, se dedicó a tomar cursos de narrativa, junto a otras personas en su misma condición y que hoy día fue galardonado con una mención honrosa.

—Es cierto, sin embargo, que sepa lo del premio, no me extraña porque usted puede haber estado en la ceremonia. Ahora que esté enterada de todo lo demás, me llama mucho la atención. No soy una persona pública, mi nombre no le dice nada a nadie. El suyo a mí tampoco me suena conocido. ¿De qué se trata esto? Usted dijo que me lo explicaría, y se lo voy a agradecer. La escucho.

—Mi madre también participa en el Círculo de Adulto Mayor en el que usted sigue las clases de narrativa. Ella estaba en un taller de manualidades y leyó dos de los libros que usted donó a la biblioteca del lugar. Después de aquello, se interesó por aprender ese arte. Hoy está en el nivel básico del taller y ha escrito algunos cuentos.

—De acuerdo. Si pudo leer ese libro, es claro que sabe algo de mi biografía que aparece en una de las primeras páginas, pero eso no explica que sepa mi verdadero nombre, ya que está firmada con el seudónimo.

—Bueno, mi madre, bien impresionada por sus textos, consiguió información de su identidad con la bibliotecaria.

—Así y todo, comprendería ese interés si yo fuera un escritor consagrado, famoso. Pero me parece inusitado que ocurra algo parecido con este aficionado, que escribe para mantenerse activo mentalmente y que hoy, por primera vez, ha logrado un reconocimiento. ¿Tiene alguna foto de su mamá que pueda mostrarme?

Mientras el mozo ponía frente a cada uno sendas tazas de café y unas galletas, la periodista sacó el celular de su cartera y luego de digitar sobre su pantalla, lo entregó al escritor. Este, después de observar la imagen por unos segundos, lo devolvió diciendo:

—Sí, creo haberla visto alguna vez en los pasillos del recinto municipal. Pero nunca hemos conversado. No ha existido la oportunidad. Bueno, sirvámonos esto antes de que se nos enfríe, mientras seguimos conversando. ¿Cómo se llama ella?

—Mi mamá es Andrea Jiménez, yo soy Paula Godoy Jiménez.

El novelista, a esa altura de la conversación, ya identificado como Ernesto Cisternas, detuvo a medio camino el avance de la taza a su boca, la devolvió al platillo, apoyó las dos manos al borde de la mesa y acercando la parte superior de su cuerpo casi por sobre la mesa, exclamó marcando las palabras;

—¡Andrea Jiménez!... ¿Es usted hija de Andrea Jiménez Beltrán?

—Sí, señor. Ella es mi madre.

Ernesto volvió a adoptar la posición normal en la silla, mientras la dama lo miraba atentamente. Por unos segundos, bajó la vista, enarcó las cejas y moviendo la cabeza como queriendo aclarar sus ideas, retomó la palabra en voz baja y pausadamente relató:

—Fuimos pololos durante más de tres años y estábamos por casarnos cuando, sin motivo conocido, rompió el compromiso. Yo estaba muy enamorado y eso me produjo un enorme bajón. Pensaba que cualquier persona que sonreía en mi presencia o estaba ubicada en mi entorno, se burlaba de mi desgracia. Hasta el simple saludo “¿cómo estás?” lo sentía como un trato compasivo. Queriendo olvidarla, muy pronto me fui a vivir al

extremo sur. Estando allá, supe que se había casado. Eso fue mi liberación. No la reconocí en la foto que usted me acaba de mostrar. Creo que ha cambiado algo, tal vez su corte o color de pelo, el uso de esos lentes ópticos u otra cosa, hacen que me parezca diferente. Ha pasado más de medio siglo. No le guardo rencor. Pronto conocí a la que poco después fue mi esposa, la que aún me acompaña y espero lo siga haciendo por mucho tiempo. He sido muy feliz con ella y, desde hace muchos años, vengo pensando que la mano de Dios actuó en mi favor. ¿Andrea, su madre ha sido feliz? ¿Fue bueno su matrimonio?

—En gran medida sí, don Ernesto. Toda la familia tuvimos siempre un buen pasar. Por trabajo, mi papá viajaba mucho. Sus ausencias, sin ser prolongadas, eran frecuentes. La mamá, permaneció en casa cuidando de nosotros, mis dos hermanos y yo. Cuando ya estábamos más grandes, trabajó en su profesión hasta que se pensionó. No lo hizo por necesidad económica, sino por sentirse realizada. Hace pocos años, mi padre, a avanzada edad se enamoró de la joven asistente que normalmente lo acompañaba en sus viajes y terminó por divorciarse. Nunca escuché a mi madre quejarse de su situación.

—Dígame, señora Paula; ¿Alguna vez usted escuchó hablar de mí?

—La primera vez fue después del divorcio, cuando la mamá nos comunicó que mi padre no volvería al hogar. Con mis dos hermanos, algunos años menores que yo, no podíamos creerlo. A pesar de que los tres ya teníamos nuestras propias familias, sentimos ese golpe. En esa oportunidad, la mamá nos contó del largo pololeo con usted y de lo que la llevó a dar por terminado el noviazgo.

—Yo nunca supe esos motivos. De pronto ya no quiso volver a verme ni dirigirme la palabra. Cuando pregunté por ella en su casa, me entregaron una nota suya en la que decía que yo debía hacer de cuenta que nunca existió algo entre nosotros, ni siquiera amistad. ¿Cuáles fueron esas razones?

—¿Usted, don Ernesto, recuerda a Mercedes, la amiga de mi mamá?

—¿La Meche? Claro que la recuerdo. Eran inseparables. Me resultaba difícil estar con Andrea, porque luego aparecía la Meche y nos interrumpía el pololeo.

—Bueno, ella fue la causante de la cancelación de los planes matrimoniales, porque llorando, le confidenció a mi mamá que usted la había forzado a tener relaciones. La argumentación y la actitud de Mercedes hizo que mi mamá diera por cierto lo dicho.

—¡Eso es una mentira, una falacia! ¡Nunca ocurrió! Jamás se me pasó por la mente una cosa así. Por lo demás, la Meche no era de mi agrado. Siempre me pareció que molestaba. ¿Todavía su mamá cree que eso es cierto?

—No. Al poco tiempo, después de muchas contradicciones, supo que su amiga le había mentado. Ella reconoció su infamia y se acabó la amistad entre ambas. Mi mamá intentó de muchas formas ubicarle a usted, pero no logró dar con su paradero.

—Usted Paula, me deja perplejo. No obstante su relato, no alcanzo a entender por completo sus motivos para acercarse a felicitarme y a sostener esta conversación, cuyo contenido, sólo puede darme material para escribir una novela. Usted, de seguro comprende que, a estas alturas de la vida, ya no hay nada que hacer entre Andrea y yo. Nuestra relación duró tres años. Hoy es el recuerdo de un gran amor con un triste final y nada más. Durante los siguientes cincuenta años, ambos hicimos un camino distinto, divergente. Hoy somos prácticamente extraños.

—Tal vez no todo lo que estamos conversando sea “paja molida” don Ernesto. Algo que aún no he citado, lo motivará a cambiar su biografía en el próximo libro que edite.

—¿A qué se refiere?

—A que usted tuvo tres hijos en lugar de dos, y es abuelo de nueve jóvenes en vez de siete. Yo soy hija suya, nacida de Andrea, meses después que mi madre cortó relaciones con usted.

—¿Qué dice usted?

—Por favor, tenga calma y escuche lo que tengo que contarle. Cuando mi mamá se casó yo tenía dos años. Su marido, Javier Godoy, me reconoció como hija propia y por eso llevo su apellido. Esto lo supe recién en la conversación que tuvimos con nuestra madre después de su separación. Eso me motivó a este encuentro. No busco otra cosa que transmitir una verdad. Yo seguiré llevando mis apellidos, pero mi corazón está gozoso de saber que mi verdadero progenitor es un hombre de bien, un hombre correcto del cual estoy orgullosa de llevar sus genes, un ser al que en justicia puedo llamar mi padre y que ahora está frente a mí.

Ernesto, por un instante miró fijamente a Paula, luego bajó la vista hacia un punto impreciso y permaneció de ese modo, quieto y silencioso. Ella esperaba una respuesta a sus palabras pero al no recibirlas, tras unos segundos de silencio, exclamó:

—¡Ay, Señor! ¿Qué le pasa don Ernesto?

—Estoy bien, gracias. Bien de salud. A Dios gracias no soy hipertenso, pero sí que estoy impactado. Dos veces tuvimos relaciones con su madre. Los dos quisimos hacerlo. Eso fue muy poco antes de que ella rompiera el compromiso. Muchas veces me culpé por no haber resistido los deseos hasta después del matrimonio. Hija bendita, su revelación me produce emociones contradictorias. Me alivia enterarme que su madre supiera que el demonio metió su cola entre nosotros y que llegara a descubrir que se trató de una calumnia. Me hace feliz saber que ese gran amor dio tan buen fruto, pero me apena enterarme que Andrea debió enfrentar sola el embarazo y su crianza. En adelante, mi existencia no será la misma. Desde ahora soy una persona distinta a la que por muchos años creí ser. ¡Muchas gracias, hija! ¡Me has dado el mayor premio de mi vida!

FIN